

Hélène Cixous

(Argelia, 1937)

La escritora Hélène Cixous ha compartido su labor como académica y crítica literaria con la de creadora de novelas y obras teatrales. Especialista en literatura inglesa (su tesis de doctorado fue sobre la obra de James Joyce), es conocida como una de las teóricas del feminismo radical francés (junto a Luce Irigaray y Julia Kristeva), aunque ella misma ha explicitado su rechazo al calificativo de feminista.

A Cixous le interesa la eliminación de las fronteras entre los géneros y entre los sujetos, en una exploración poética en la cual sus escritos teóricos son ejercicios de lectura y sus textos creativos son una participación en los textos de otros escritores o teóricos. El conjunto de su obra ha sido agrupado en tres momentos: interpretaciones postestructuralistas de los clásicos alemanes e ingleses, críticas «feministas» de lo simbólico y la ley, y lecturas de la escritora brasileña Clarice Lispector.

«Sorties» [Salidas] pertenece a uno de sus textos autobiográficos, *La Jeune Née*, 1975 (*La joven nacida*, 1995), en el cual Cixous incluye fragmentos de un ensayo anterior, «Le rire de la Méduse» («La risa de la medusa»), de ese mismo año. Éste es uno de los trabajos más conocidos de Cixous, en el cual se parte de la cadena de oposiciones binarias (Derrida) propias de la cultura occidental y que ella desmonta para discutir la validez de una jerarquía otorgada a la serie logos/día/cultura/sol/padre/lo activo, frente a la serie *pathos*/noche/naturaleza/luna/madre/lo pasivo, así como del privilegio de que disfruta el falocentrismo tanto en la filosofía como en la historia literaria, la subordinación de lo femenino al orden masculino.

En una combinación de discurso propositivo, poético y autobiográfico, Cixous recorre la construcción discursiva de la mujer y de lo femenino (bella durmiente, continente oscuro...); asimismo, su propia llegada a la escritura, a partir de un recorrido biográfico y diaspórico —judía de ascendencia alemana que vive en una colonia francesa donde se habla árabe—, y como alternativa de salvación existencial. Cixous trata de encontrarse en una relectura de los clásicos; discute con Freud por lo que considera como una contribución a la historia del falocentrismo y una visión carencial de la situación femenina; construye una idea de la bisexualidad en su relación con la creatividad artística, y otra de la escritura femenina.

Para Cixous, la escritura femenina depende de la caracterización biológica de la mujer; si su libido es «cósmica», su escritura no se inscribe jamás ni discierne sus límites; y se relaciona con su capacidad procreadora, pues hay un vínculo

entre la economía libidinal de la mujer —su goce, el imaginario femenino— y su modo de constituirse. Pero resulta categórica en cuanto a la imposibilidad de definir una práctica femenina de la escritura, de teorizarla, aunque esto no significa que no exista. Para Cixous, lo femenino en la escritura pasa por las alteraciones de la voz —suspenso, silencios—, por la linealidad del discurso, su superabundancia, su vínculo con la voz de la madre («la voz mezclada con la leche»). La mujer escribe con «tinta blanca», escribe con su cuerpo, y al hacerlo, transgrede en un acto de autoliberación.

La influencia de Cixous (así como de Luce Irigaray y de Julia Kristeva) ha cobrado gran importancia en los estudios feministas, aun cuando su modelo escritural femenino ha sido calificado de esencialista por su estrecha dependencia de lo biológico y psicosexual.

«La joven nacida» (segunda parte, «Salidas»), de 1975, ha sido tomado y editado de Hélène Cixous, *La risa de la medusa. Ensayo sobre la escritura*, traducción de Ana María Moix, Barcelona, Anthropos, 1995, pp. 13-107.

Parte segunda

Salidas

¿Dónde está ella?

Actividad/pasividad,
Sol/Luna,
Cultura/Naturaleza,
Día/Noche.

Padre/Madre,
Razón/sentimiento,
Inteligible/sensible,
Logos/*Pathos*.

Forma, convexa, paso, avance, semilla, progreso.
Materia, cóncava, suelo —en el que se apoya al andar—, receptáculo.

Hombre

Mujer

Siempre la misma metáfora: la seguimos, nos transporta, bajo todas sus formas, por todas partes donde se organiza un discurso. El mismo hilo, o trenza doble, nos conduce, si leemos o hablamos, a través de la literatura, de la filosofía, de la crítica, de siglos de representación, de reflexión.

El pensamiento siempre ha funcionado por oposición,
Palabra/Escritura,
Alto/Bajo.

Por oposiciones duales, *jerarquizadas*. Superior/Inferior. Mitos, leyendas, libros. Sistemas filosóficos. En todo (donde) interviene una ordenación, una ley organiza lo pensable por oposiciones (duales, irreconciliables o reconstruibles, dialécticas). Y todas las parejas de oposiciones son *parejas*. ¿Significa eso algo? El hecho de que el logocentrismo someta al pensamiento —todos los conceptos, los códigos, los valores— a un sistema de dos términos, ¿está en relación con «la» pareja, hombre/mujer?

Naturaleza/Historia,
Naturaleza/Arte,
Naturaleza/Espíritu,
Pasión/Acción.

Teoría de la cultura, teoría de la sociedad, el conjunto de sistemas simbólicos —arte, religión, familia, lenguaje—, todo se elabora recurriendo a los mismos esquemas. Y el movimiento por el que cada oposición se constituye para dar sentido es el movimiento por el que la pareja se destruye. Campo de batalla general. Cada vez se libra una guerra. La muerte siempre trabaja.

Padre/hijos	Relaciones de autoridad, de privilegio, de fuerza.
Logos/escritura	Relaciones: oposición, conflicto, relevo, retorno.
Amo/esclavo	Violencia. Represión.

Y nos damos cuenta de que la «victoria» siempre vuelve al mismo punto: se jerarquiza. La jerarquización somete toda la organización conceptual al hombre. Privilegio masculino, que se distingue en la oposición que sostiene, entre la *actividad* y la *pasividad*. Tradicionalmente, se habla de la cuestión de la diferencia sexual acoplándola a la oposición: actividad/pasividad.

¡Eso es una mina! Si revisamos la historia de la filosofía —en tanto que el discurso filosófico ordena y reproduce todo el pensamiento— se advierte que:¹ está marcada por una constante absoluta, ordenadora de valores, que es precisamente la oposición actividad/pasividad.

Que en la filosofía, la mujer está siempre del lado de la pasividad. Cada vez que se plantea la cuestión; cuando se examinan las estructuras de parentesco; cuando un modelo familiar está en juego; de hecho, desde que se debate la cuestión ontológica; desde que nos preguntamos qué quiere decir la pregunta «¿qué es?»; desde que existe un querer-decir. Querer: deseo, autoridad, nos planteamos esa cuestión, y nos conduce directamente... al padre. Incluso es posible no darse cuenta de que no hay lugar en absoluto para la mujer en la operación. En el límite, el mundo del «ser» puede funcionar excluyendo a la madre. No hay necesidad de madre —a condición de que exista lo maternal— y entonces es el padre quien hace de —es— la madre. O la mujer es pasiva; o no existe. Lo que ocurre es impensable, impensado. Es decir, evidentemente, que la mujer no está pensada, que no entra en las oposiciones, no forma pareja con el padre (que forma pareja con el hijo).

Existe ese sueño trágico, de Mallarmé,² ese lamento del padre sobre el misterio de la paternidad, que arranca al poeta el duelo, el duelo de los duelos, la muerte del hijo querido; ese sueño del himen entre el padre y el hijo —entonces, sin madre. Sueño del hombre ante la muerte. Que le amenaza siempre de un modo diferente a como amenaza a la mujer.

1. Como toda la obra de Derrida atravesando-detectando, la historia de la filosofía se dedica a hacerla aparecer. En Platón, en Hegel, en Nietzsche, se repite una misma operación, rechazo, exclusión, marginación de la mujer. Asesinato que confunde con la historia como manifestación y representación del poder masculino.

2. «Pour un tombeau d'Anatole» (Éd. du Seuil, p. 138), tumba en la que Mallarmé conserva a su hijo, lo cuida, siendo él mismo la madre, de la muerte.

una alianza
 un himen, soberbio
 —y la vida
 que en mí queda
 me servirá
 para...
 ¿sin madre entonces?

Y sueño de filiación
 masculina, sueño de Dios padre
 surgiendo de sí mismo
 en su hijo... y
 sin madre entonces

Ella no existe, ella no puede ser; pero es necesario que exista. De la mujer, de la que él ya no depende, sólo conserva este espacio, siempre virgen, materia sumisa al deseo que él quiera dictar.

Y si interrogamos a la historia literaria, el resultado es el mismo. Todo se refiere al hombre, a su tormento, su deseo de ser (en) el origen. Al padre. Hay un vínculo intrínseco entre lo filosófico y lo literario (en la medida en que significa, la literatura está regida por lo filosófico) y el falocentrismo. Lo filosófico se construye a partir del sometimiento de la mujer. Subordinación de lo femenino al orden masculino que aparece como la condición del funcionamiento de la máquina.

La puesta en duda de esta solidaridad entre el logocentrismo y el falocentrismo se ha convertido, hoy en día, en algo urgente —la puesta al día de la suerte reservada a la mujer, de su entierro— para amenazar la estabilidad del edificio masculino que se hacía pasar por eterno-natural; haciendo surgir, en lo que se refiere a la feminidad, reflexiones, hipótesis necesariamente ruinosas para el bastión que aún detenta la autoridad. ¿Qué sería del logocentrismo, de los grandes sistemas filosóficos, del orden del mundo en general, si la piedra sobre la que han fundado su iglesia se hiciera añicos?

¿Si un día se supiera que el proyecto logocéntrico siempre había sido, inconfesablemente, el de *fundar* el falocentrismo, el de asegurar al orden masculino una razón igual a la historia de sí misma?

Entonces, todas las historias se contarían de otro modo, el futuro sería impredecible, las fuerzas históricas cambiarían, cambiarán, de manos, de cuerpos, otro pensamiento aún no pensable, transformará el funcionamiento de toda sociedad. De hecho vivimos precisamente esta época en que la base conceptual de una cultura milenaria está siendo minada por millones de topos de una especie nunca conocida.

Cuando ellas despierten de entre los muertos, de entre las palabras, de entre las leyes.

Érase una vez...

De la historia que sigue aún no puede decirse: «sólo es una historia». Este cuento sigue siendo real hoy en día. La mayoría de las mujeres que han despertado recuerdan haber dormido, *haber sido dormidas*.

Érase una vez... y otra vez...

Las bellas duermen en sus bosques, esperando que los príncipes lleguen para despertarlas. En sus lechos, en sus ataúdes de cristal, en sus bosques de infancia como muertas. Bellas, pero pasivas; por tanto, deseables. De ellas emana todo misterio.

Es a los hombres a quienes les gusta jugar a las muñecas. Como es sabido desde Pygmalion. Su viejo sueño: ser dios madre. La mejor madre, la segunda, la que da el segundo nacimiento.

Ella duerme, eterna, está intacta, absolutamente impotente. Él no duda de que ella lo espera desde siempre.

El secreto de su belleza, guardado para él: ella posee la perfección de lo que ha acabado. De lo que no ha empezado. Sin embargo, respira. Justo lo suficiente de vida; y no demasiado. Entonces él la besará. De tal manera que, al abrir los ojos, ella sólo lo verá a *él*, a él en lugar de todo, él-todo.³

—¡Qué sueño tan gratificante! ¿Quién lo produce? ¿Qué deseo se beneficia de él?

Él se inclina sobre ella... Cortan. El cuento se acabó. Telón. Una vez despierta/o, sería otra historia. Entonces quizá habría dos personas. Con las mujeres nunca se sabe. Y la voluptuosa simplicidad de los preliminares ya no tendría lugar.

La armonía, el deseo, la proeza, la búsqueda, todos esos movimientos son previos... a la llegada de la mujer. Y más exactamente *al momento en que se levanta*. Ella echada, él de pie. Ella se levanta —final del sueño—, la continuación es sociocultural, él le hace muchos hijos, ella se pasa la juventud pariendo; de cama en cama, hasta la edad en que deja de ser mujer.

«Bridebed, childbed, bed of death»: lecho nupcial, lecho de alumbramiento, lecho de muerte es el trayecto de la mujer inscrito así de cama en cama en el *Ulises*, de Joyce. Periplo de Ulises Bloom de pie, navegando sin cesar a través de Dublín. Caminar, exploración. Periplo de Penélope-Todamujer: lecho de dolor en el que la madre no acaba de morir, lecho de hospital en el que la señora Purefoy no acaba de parir, lecho de Molly esposa, adúltera, marco de una infinita ensoñación erótica, periplo de reminiscencias. Vagabundea, pero acostada. Rumia. Se habla a sí misma. Viaje de la mujer: en calidad de *cuerpo*. Como si, separada del exterior donde se realizan los intercambios culturales, al margen de la escena social donde se libra la Historia, estuviera destinada a ser, en el reparto instituido por los hombres, la mitad no-social, no-política, no-humana de la estructura viviente, siempre la facción naturaleza, por supuesto, a la escucha incansable de lo que ocurre en el interior, de su vientre, de su «casa». En relación inmediata con sus apetitos, sus afectos.

Y mientras él asume —bien que mal— el riesgo y la responsabilidad de ser una parte, un agente, de una escena pública en la que tienen lugar las transformaciones, ella representa la indiferencia o la resistencia a ese tiempo activo, ella es el principio de constancia, siempre de una determinada manera la misma, cotidiana y eterna.

Sueño de hombre: la amo, ausente luego deseable, inexistente, dependiente, luego adorable. Porque no existe allá donde está. Como tampoco está allá donde existe. Entonces, ¡cómo la mira! Cuando ella tiene los ojos cerrados; cuando él la comprende por completo, y ella es sólo esta forma hecha para él: cuerpo prisionero en su mirada.

¿O sueño de mujer? Sólo es un sueño. Duermo. Si no durmiera, él no me buscaría, no cruzaría sus buenas tierras y mis malas tierras para llegar hasta mí. Sobre

3. «Ella sólo despierta al roce del amor, y antes de este momento sólo es un sueño. Pero, en esta existencia de sueños, podemos distinguir dos estados: primero, el amor sueña con ella; después, ella sueña con el amor», así piensa el *Seducitor* de Kierkegaard.

todo, ¡que no me despierten! ¡Qué angustia! ¡He de estar en la tumba para atraerlo!
¿Y si me besara? Ese beso... ¿cómo quererlo? ¿Quiero?

¿Qué quiere ella? Dormir, quizá soñar, ser amada en sueños, que se le acerque, que la toque, casi... casi gozar. Pero no gozar: sino despertar. Sin embargo, en sueños gozó, érase una vez...

Érase otra vez la misma historia, repitiendo a través de los siglos el destino amoroso de la mujer, su cruel esquema mistificador. Y cada historia, cada mito le dice: «no hay sitio para tu destino en nuestros asuntos de Estado». El amor es un asunto de umbral. Para nosotros, hombres, que estamos hechos para triunfar, para ascender en la escala social, la tentación es buena porque nos incita, nos empuja, alimenta nuestras ambiciones. Pero la realización es peligrosa. El deseo no debe desaparecer. Para nosotros, vosotras, las mujeres, representáis la eterna amenaza, la anticultura. No nos quedamos en vuestras casas, nos vamos a reposar a vuestras camas. Rondamos. Seducidos, enervados, es todo lo que os pedimos. No hagáis de nosotros unos seres blandos, aletargados, femeninos, sin preocupaciones de tiempo ni de dinero. Para nosotros, el amor a vuestro modo es la muerte. Asunto de umbrales:⁴ todo está en suspenso, en el pronto, siempre diferido. Más allá está la caída: sumisión del uno al otro, domesticación, reclusión en la familia, en el *rol* social.

A fuerza de leer esta historia-que-acaba-bien, ella aprende los caminos que la conducen a la «pérdida» que es su destino. Una vueltecita y luego se va. Un beso, y él se va. Su deseo, frágil, que se sustentaba en la carencia, se mantiene gracias a la ausencia: el hombre continúa. Como si no consiguiera tener lo que tiene. ¿Dónde está ella, la mujer, en todos los espacios que él frecuenta, en todas las escenas que prepara en el interior de la clausura literaria?

Hay muchas respuestas, las conocemos: ella está en la sombra. En la sombra que él proyecta en ella, que ella es.

Noche para su día, así se ha imaginado desde siempre. Oscuridad para su blancura. Excluida del espacio de su sistema, ella es la inhibición que asegura al sistema su funcionamiento.

Mantenida a distancia, a fin de que él goce de las ventajas ambiguas de la distancia, que ella fomenta, por el alejamiento que representa, el enigma de la seducción, delicia-peligro, suspendida, en el *rol* de «la secuestradora» Helena, ella está en cierto modo «fuera». Pero ella no puede apropiarse de ese «fuera» (incluso es raro que tenga ganas), es su fuera de él: el fuera, a condición de que él no sea lo absolutamente exterior, el extranjero no familiar que se le escaparía. Ella permanece, por tanto, en un fuera doméstico.

Secuestradora secuestrada a sí misma —no sólo es ella la parte de extrañeza— *dentro de* su universo que vuelve a emanar su inquietud y su deseo. Ella es, en el interior de su economía, la extrañeza de la que a él le gusta apropiarse. Pero aun la han tratado como al «continente negro»: la han mantenido a distancia de sí misma, le han dejado ver (= no-ver) a la mujer a partir de lo que el hombre quiere ver de ella, es decir, casi nada; le han prohibido la posibilidad de la orgullosa «inscripción en mi puerta» que ocupa el umbral del *Gai Saber*. No es ella quien hubiera podido exclamar:

4. Que el placer es preliminar, como dice Freud, es una «verdad», pero parcial. Punto de vista que se sostiene, de hecho, a partir del imaginario masculino, en la medida en que está dictado por la amenaza de castración...

Vivo en mi propia casa,
nunca he imitado a nadie...

No ha podido habitar su «propia casa», su propio cuerpo. En efecto, se puede encarcelar, retrasar monstruosamente, conseguir durante demasiado tiempo el objetivo del *apartheid* (pero sólo por un tiempo). En cuanto empieza a hablar, se le puede enseñar, al mismo tiempo que su nombre, que su región es negra: eres África y, por tanto, eres negra. Tu continente es negro. El negro es peligroso. En el negro no ves nada, tienes miedo. No te muevas, pues corres el riesgo de caer. Sobre todo, no vayas al bosque. Y hemos interiorizado el horror a lo oscuro. No han tenido ojos para ellas mismas. No han ido a explorar su casa. Su sexo les asusta aún ahora. Les han colonizado el cuerpo del que no se atreven a gozar. La mujer tiene miedo y asco de la mujer.

Ellos han cometido el peor crimen contra las mujeres: las han arrastrado, insidiosa, violentamente, a odiar a las mujeres, a ser sus propias enemigas, a movilizar su inmenso poder contra sí mismas, a ser las ejecutoras del viril trabajo.

¡Les han creado un anti-narcisismo!, ¡un narcisismo por el que sólo se ama haciéndose amar por lo que no se tiene! Han fabricado la infame lógica del anti-amor.

El «continente negro» *no es ni negro ni inexplorable*: aún está inexplorado porque nos han hecho creer que era demasiado negro para ser explorable. Y porque nos quieren hacer creer que lo que nos interesa es el continente blanco, con sus monumentos a la Carencia. Y lo hemos creído. Nos han inmovilizado entre dos mitos horripilantes: entre la medusa y el abismo. Eso haría estallar en carcajadas a medio mundo, si no continuara. Porque el relevo falo-logocéntrico está ahí, y militante, reproductor de viejos esquemas, anclado en el dogma de la castración. Ellos no han cambiado nada; han teorizado su deseo de la realidad. ¡Ya pueden echarse a temblar los predicadores, vamos a *mostrarles* nuestros sexos!

Peor para ellos si se desmoronan al descubrir que las mujeres no son hombres, o que la madre no tiene. Pero, ¿no les favorece ese miedo? ¿Lo peor no sería, no es, realmente, que la mujer no esté castrada, que le baste con dejar de oír las sirenas (pues las sirenas eran hombres) para que la historia cambie de sentido? Para ver a la medusa de frente basta con mirarla: y no es mortal. Es hermosa y ríe.

Ellos dicen que hay dos cosas irrepresentables: la muerte y el sexo femenino. Pues necesitan que la feminidad vaya asociada a la muerte; ¡se excitan de espanto!, ¡por sí mismos!, necesitan tenernos miedo. Mira, los perseos trémulos avanzando hacia nosotras, caminando hacia atrás como los cangrejos, acorazados de *apotropos*. ¡Bonitas espaldas! No hay un minuto que perder. Salgamos.

Ellas vienen de lejos: de siempre: del «fuera», de las landas donde las brujas siguen vivas; de debajo, del otro lado de la «cultura»; de sus *infancias*, que a ellos tanto les cuesta hacerles olvidar, que condenan al *in pace*. Aprisionadas las niñas en cuerpos «mal criados». Conservadas, intactas de sí mismas, en el hielo. Frigidificadas. Pero, ¡cuánto se mueve ahí debajo! ¡Qué esfuerzos los de los policías del sexo, siempre volviendo a empezar, para impedir su amenazante retorno! Por ambas partes, hay tal despliegue de fuerzas que, durante siglos, la lucha se ha inmovilizado en el equilibrio tembloroso de un punto muerto.

Nosotras, las precoces, nosotras las inhibidas de la cultura, las hermosas boquitas bloqueadas con mordazas, polen, alientos cortados, nosotras los laberintos, las escaleras, los espacios hollados; las despojadas, nosotras somos «negras» y somos bellas.

[...]

¿Qué se da?

Toda la diferencia que habrá determinado el movimiento de la historia como movimiento de la propiedad, se articula entre dos economías que se definen en relación con la problemática del don.

La economía (política) de lo masculino y de lo femenino está organizada por exigencias y obligaciones diferentes, que al socializarse y al metaforizarse, producen signos, relaciones de fuerza, relaciones de producción y de reproducción, un inmenso sistema de inscripción cultural legible como masculino o femenino.

Utilizo con sumo cuidado los *calificativos* de la diferencia sexual a fin de evitar la confusión hombre/masculino, mujer/femenino: pues hay hombres que no reprimen su feminidad, mujeres que inscriben más o menos fuertemente su masculinidad. La diferencia no se distribuye, por supuesto, a partir de los «sexos» determinados socialmente. Por otra parte, cuando hablo de economía política, y de economía libidinal, ligándolas, no apunto a la falsa cuestión del origen, historia a las órdenes del privilegio masculino. Hay que evitar rendirse complaciente o ciegamente a la interpretación ideológica esencialista, como, de distinto modo, se han arriesgado a hacerlo Freud y Jones, por ejemplo; a la disputa que les oponía al sujeto de la sexualidad femenina, uno y otro, desde puntos de vista opuestos, sostuvieron la peligrosa tesis de una determinación, «natural», anatómica de la diferencia — oposición sexual. Y, a partir de ahí, ambos sostienen implícitamente la posición de fuerza del falocentrismo.

Recordemos las grandes líneas de las posiciones adversas:

Jones (en la *Sexualidad femenina precoz*), mediante un proceso ambiguo, ataca las tesis freudianas que hacen de la mujer un hombre frustrado.

Para Freud:

1) La «fatalidad» de la situación femenina es resultado de una «defectuosidad» anatómica.

2) Existe una sola libido, y es de esencia masculina; la diferencia sexual sólo se inscribe a partir de una *fase fálica* por la que pasan tanto chicos como chicas. Hasta ahí, la chica habrá sido una especie de niño: la organización genital de la libido infantil se articula según la equivalencia actividad/masculinidad; la vagina está aún por «descubrir».

3) Dado que el primer objeto amoroso, para ambos sexos, es la madre, el amor hacia el sexo opuesto es «natural» sólo en el caso del niño.

Para Jones: la feminidad es una «esencia» autónoma.

Desde el principio (a partir de los seis meses de edad) la niña siente un deseo *femenino* hacia su padre; en efecto, el análisis de las fantasías más primitivas de la niña demostrarán que, en lugar del seno percibido como elemento decepcionante, lo deseado es el pene, o un objeto de la misma forma (por desplazamiento analógico). Eso ocasiona, puesto que ya nos hallamos en la cadena de sustituciones, que en la serie de objetos parciales, en lugar del pene aparezca el niño... pues, para llevar la contra a Freud, Jones reinscribe dócilmente en terreno freudiano. Y se remite a él. De la ecuación seno-pene-hijo, deduce que la niña experimenta un deseo primero respecto del padre. (Y el deseo de tener un hijo del padre también lo será.) Y, por

supuesto, que la niña también experimenta un amor primario hacia el sexo opuesto. Ella, también, tiene derecho a su complejo de Edipo como formación primaria, y a la amenaza de mutilación por parte de la madre. Por fin mujer, lo es anatómicamente sin defecto: su clítoris no es un minipene. La masturbación clitoriana no es, como pretende Freud, una práctica masculina. Y cabría pensar que la vagina fuera un descubrimiento extremadamente temprano, véanse las fantasías precoces.

De hecho, al afirmar que existe una feminidad específica (manteniendo, por otra parte, las tesis de la ortodoxia), Jones acentúa aún más el falocentrismo, con el pretexto de tomar partido a favor de la feminidad (y de Dios, que, según recuerda, creó macho y hembra...). Y la bisexualidad desaparece en el abismo insalvable que separa a los contrarios.

En cuanto a Freud, si suscribimos lo que anuncia, al identificarse con Napoleón, en su artículo de 1933 sobre «La desaparición del complejo de Edipo», «la anatomía es el destino», participamos en la condena a muerte dictada contra la mujer. Y a la culminación de la Historia.

La existencia de las consecuencias psíquicas de la diferencia entre sexos es innegable. Pero, seguramente, no son reducibles a las señaladas por el análisis freudiano. A partir de la relación de los dos sexos con Edipo, se encauza al niño y a la niña hacia una división de roles sociales al estilo de: las mujeres desarrollan «ineluctablemente» una menor productividad, porque «subliman» menos que los hombres, y la actividad simbólica, es decir, la producción de la cultura, es tarea propia de hombres.⁵

Freud, además, parte de lo que él llama la diferencia *anatómica* entre los sexos. Y sabido es cómo se configura a sus ojos: a partir de la diferencia entre tener / no tener falo. Por referencia a esaspreciadas partes. A partir de lo que, con Lacan, se especificará como significante trascendental.

Pero la *diferencia sexual* no está simplemente determinada por la relación fantasmal con la anatomía, que descansa en gran parte en un punto de *vista*, es decir, en una extraña importancia otorgada a la exterioridad, y a lo especular en la elaboración de la sexualidad. Teoría del *voyeur*, por supuesto.

No, la diferencia sexual existe a nivel del goce que, en mi opinión, se hace más claramente perceptible en la medida en que la economía pulsional de una mujer no es identificable por un hombre ni referible a la economía masculina.

En mi opinión, la pregunta «¿Qué quiere ella?» que se plantea a la mujer, pregunta que, en efecto, la mujer se plantea porque se la plantean, porque justamente hay tan poco sitio para su deseo en la sociedad, que acaba, a fuerza de no saber qué hacer con ella, por no saber dónde meterla, en caso de tener un dónde, encubre la pregunta

5. La tesis de Freud es la siguiente: cuando el complejo de Edipo desaparece es sustituido por el *superyó*. En el momento que el niño empieza a experimentar la amenaza de castración, empieza a superar su Edipo, con la ayuda de un *superyó* muy acentuado. Para el niño, el Edipo es una formación primaria: su primer objeto amoroso, al igual que para la niña, es la madre. Pero, desgraciadamente, la historia de la hija se constituye bajo la presión de un *superyó* menos acentuado: al descubrirse castrada, su *superyó* será menos vigoroso. Nunca supera el Edipo por completo. El Edipo femenino no es una formación primaria: el vínculo pre-edípico con la madre comporta, para la hija, una dificultad de la que, dice Freud, nunca se repone y que consiste en tener que cambiar de objeto (amar al padre) en el camino: conversión dolorosa, que va acompañada de una renuncia suplementaria: el paso de la sexualidad pre-edípica a la sexualidad «normal» supone abandonar el clítoris para pasar a la vagina. Al final de ese «destino», las mujeres tienen una actividad simbólica reducida: no tienen nada que perder, que ganar ni que defender.

más inmediata y más urgente: «¿Cómo gozo?». ¿Qué es el *goce* femenino, dónde tiene lugar, cómo se inscribe a nivel de su cuerpo, de su inconsciente? Y, ¿cómo se escribe?

Se puede divagar largamente sobre una hipotética prehistoria y sobre una época matriarcal. O se puede, como hizo Bachofen,⁶ intentar recomponer una sociedad ginecocrática, extraer efectos poéticos y míticos al alcance, poderosamente subversivos en cuanto a la historia de la familia y del poder masculino.

Todas las formas de pensar de manera distinta la historia del poder, de la propiedad, la dominación masculina, la constitución del Estado, el equipamiento ideológico, tienen su eficacia. Pero la innovación actual sólo se preocupa por la cuestión del «origen». El falocentrismo existe. La historia únicamente ha producido, ha registrado esto. Siempre. Lo que no significa que esta forma sea destinal o natural. El falocentrismo es el enemigo. De *todos*. Los hombres también tienen qué perder, de manera distinta que las mujeres, pero también seriamente. Ha llegado el momento de cambiar. De inventar la otra historia.

No hay más «destino» que «naturaleza» o esencia, como tales, sino estructuras vivas, solidificadas, a veces inmovilizadas en límites históricos-culturales que se confunden con la escena de la Historia hasta el extremo de que durante mucho tiempo ha sido imposible, y aún sigue siendo difícil, pensar e incluso imaginar lo demás. Actualmente, vivimos un período transicional, tan acentuado que la estructura clásica aparece como posible objeto de fisuración.

Predecir qué sucederá con la diferencia sexual dentro de un tiempo otro (¿dos o trescientos años?) es imposible. Pero no hay que engañarse: hombres y mujeres están atrapados en una red de determinaciones culturales milenarias de una complejidad prácticamente inanalizables: no se puede seguir hablando de «la mujer» ni «del hombre» sin quedar atrapados en la tramoya de un escenario ideológico en el que la multiplicación de representaciones, imágenes, reflejos, mitos, identificaciones, transforma, deforma, altera sin cesar el imaginario de cada cual y, de antemano, hace caduca toda conceptualización.⁷

Nada permite excluir la posibilidad de las transformaciones radicales de los comportamientos, de las mentalidades, de los roles, de la economía política —cuyos efectos sobre la economía libidinal son impensables— hoy. Imaginemos simultáneamente un cambio *general* de todas las estructuras de formación, educación, ambientes, es decir, de reproducción, de los efectos ideológicos, e imaginemos una liberación real de la sexualidad, es decir, una transformación de la relación de cada cual con su cuerpo (y con el otro cuerpo), una aproximación del inmenso universo material orgánico sensual que somos, ya que esto no se puede hacer, por supuesto,

6. J.J. Bachofen (1815-1887), historiador suizo de la «ginecocracia», «historiador» de una no-historia. Su propósito consiste en demostrar que los pueblos (el griego, el romano, el hebreo), antes de llegar al patriarcado, pasaron por un período de «ginecocracia», reino de la Madre. Se trata de un período sólo hipotético pues carece de historia: este estado de cosas humillante para el hombre debió de haber sufrido un proceso de inhibición, debió de haber sido relegado al olvido histórico. E intenta establecer (sobre todo en *Das Mutterrecht*, 1861) una arqueología del sistema matriarcal, de una enorme belleza, a partir de una lectura de los primeros textos históricos, a nivel del síntoma, de lo no-dicho. La ginecocracia, dice, es el materialismo ordenado.

7. Existen paradigmas codificados que proyectan la pareja robot hombre/mujer, vista por las sociedades contemporáneas que son sintomáticas de un *consensus* de repetición. Ver el n.º 1 de *UNESCO*, dedicado al Año Internacional de la Mujer.

sin transformaciones políticas absolutamente radicales (¡imaginemos!). Entonces la «feminidad», la «masculinidad», inscribirían de modo muy distinto sus efectos de diferencia, su economía, sus relaciones con el gasto, con la carencia, con el don. Lo que hoy aparece como «femenino» o «masculino» ya no sería lo mismo. La lógica general de la diferencia ya no concordaría con la oposición aún ahora dominante. La diferencia sería un ramo de diferencias nuevas.

Pero —salvo excepciones— aún chapoteamos en lo antiguo.

El masculino futuro

Hay excepciones. Siempre las ha habido, son esos seres inciertos, poéticos, que no se han dejado reducir al estado de maniqués codificados por el implacable rechazo del componente homosexual. Hombres o mujeres, seres complejos, flexibles, abiertos. Admitir el componente del otro sexo les hace a la vez mucho más ricos, varios, fuertes y, en la medida de esa flexibilidad, muy frágiles. Sólo se inventa con esta condición: pensadores, artistas, creadores de nuevos valores, «filósofos» a la alocada manera nietzscheana, inventores e iconoclastas de conceptos, de formas, los renovadores de vida no pueden sino vivir agitados por singularidades, complementarias o contradictorias. Eso no significa que para crear hay que ser homosexual. Sino que no hay *invención* posible, ya sea filosófica o poética, sin que el sujeto inventor sea abundantemente rico de lo otro, lo diverso, personas-desligadas, personas-pensadas, pueblos salidos del inconsciente, y en cada desierto repentinamente animado, aparición del yo que no conocíamos: nuestras mujeres, nuestros monstruos, nuestros chacales, nuestros árabes, nuestros semejantes, nuestros miedos. Pero no existe la invención de otros Yos, no hay poesía, no hay ficción sin que una cierta homosexualidad (juego, pues, de la bisexualidad) obre en mí como cristalización de mis ultrasubjetividades.⁸ Yo es esta materia personal, exuberante, alegre, masculina, femenina u otra en la que Yo fascino y me angustio. Y en el concierto de personalizaciones que se llaman Yo, también se reprime una cierta homosexualidad, simbólica, substitutivamente, y se representa mediante signos diversos, rasgos comportamientos, actitudes gestos, y esto se ve más claramente en la escritura.

Así, bajo el nombre de Jean Genêt, lo que se inscribe en el movimiento de un texto que se divide, se fragmenta, se reconstruye, es una feminidad abundante, maternal. Una mezcla fantasmática de hombres, de machos, de caballeros, de monarcas, príncipes, huérfanos, flores, madres, senos, gravita alrededor de un maravilloso «sol de energía» el amor, que bombardea y desintegra esas efímeras singularidades amorosas para que se recompongan en otros cuerpos, para nuevas pasiones.

Ella es bisexual

Lo aquí apuntado lleva directamente a una reconsideración de la *bisexualidad*. A revalorizar la idea de la bisexualidad,⁹ para arrancarla a la etiquetación que tradi-

8. *Prénoms de Personne* (Cixous), Éd. du Seuil: «Les Comptes d'Hoffmann», pp. 112 y ss.

9. Cf. *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, 7 (primavera de 1937): «Bisexualité et différence des sexes».

cionalmente se le ha reservado, que la conceptualiza como «neutra» en tanto que precisamente aspira a evitar la castración. Así pues, distinguiría dos bisexualidades, dos maneras opuestas de pensar la posibilidad y la práctica de la bisexualidad:

1) La bisexualidad como fantasía de un ser total que sustituye el miedo a la castración, y oculta la diferencia sexual en la medida en que se experimenta como marca de una separación mítica, indicio de una separación peligrosa y dolorosa. Es el Hermafrodita, de Ovidio, menos bisexual que asexuado, compuesto no de dos géneros, sino de dos mitades. Fantasía, pues, de unidad. Dos en uno, y ni siquiera dos.

2) A esta bisexualidad fusional, eliminadora, que quiere conjurar la castración, opongo la *otra bisexualidad*, aquella en la que cada sujeto no encerrado en el falso teatro de la representación falocéntrica, instituye su universo erótico. Bisexualidad, es decir, localización en sí, individualmente, de la presencia, diversamente manifiesta e insistente según cada uno o una de dos sexos, no-exclusión de la diferencia ni de un sexo, y a partir de este «permiso» otorgado, multiplicación de los efectos de inscripción del deseo en todas las partes de mi cuerpo y del otro cuerpo.

Ahora bien, resulta que actualmente, y debido a razones histórico-culturales, es la mujer quien irrumpe, y se beneficia, en esta bisexualidad transportada, que no anula las diferencias sino que las anima, las persigue, las aumenta. En cierto modo «la mujer es bisexual». El hombre está encaminado a aspirar a la gloriosa monosexualidad fálica. A fuerza de afirmar la primacía del falo, y de aplicarla, la ideología falocrática ha producido más de una víctima: como mujer, he podido sentirme obnubilada por la gran sombra del cetro, y me han dicho: adóralo, adora lo que tú no levantas. Pero, al mismo tiempo, han cargado al hombre con ese grotesco y poco envidiable destino de quedar reducido a un solo ídolo de cojones de barro. Y, como observan Freud y sus seguidores, de tener tanto miedo a la homosexualidad. ¿Por qué el hombre tiene miedo de *ser* una mujer? ¿Por qué ese rechazo (*Ablehnung*) de la feminidad? Pregunta con la que Freud tropieza. Ésa es la «roca» de la castración. Para Freud, el reprimido no es, como creía su amigo Fliess (a quien Freud debe la tesis de la bisexualidad), el otro sexo, vencido por el sexo dominante; el reprimido está del lado de su propio sexo.

Si el psicoanálisis surgió a partir de la mujer, y reprimió la feminidad (represión que no ha triunfado demasiado), su explicación de la sexualidad masculina es hoy en día escasamente refutable.

Nosotras, las sembradoras de desorden, lo sabemos perfectamente. Pero nada nos obliga a depositar nuestras vidas en sus bancos de carencia; ni tampoco a considerar la constitución del sujeto en términos de un drama de hirientes ensayos, ni a rehabilitar continuamente la religión del padre. Porque no deseamos hacerlo. No giramos alrededor del agujero supremo. No tenemos ninguna razón de *mujer* para guardar fidelidad a lo negativo. Lo femenino (los poetas lo sospecharon) afirma: *...and yes I said yes I will yes*. Y sí, dice Molly, arrastrando a *Ulysses* más allá de todos los libros hacia la nueva escritura, he dicho sí, quiero Sí.

Decir que, en cierto modo, la mujer es bisexual es una manera, paradójica en apariencia, de desplazar y relanzar la cuestión de la diferencia. Y, por tanto, la de la escritura como «femenina» o «masculina».

Diré: hoy la escritura es de las mujeres. No es una provocación, significa que: la mujer acepta lo del Otro. No ha eliminado, en su convertirse-en-mujer, la bisexualidad

latente en el niño y en la niña. Feminidad y bisexualidad van juntas, en una combinatoria que varía según los individuos, distribuyendo de manera distinta sus intensidades, y según los momentos de su historia privilegiando tal o cual componente. Al hombre le resulta mucho más difícil dejarse atravesar por el Otro. La escritura es, en mí, el paso, entrada, salida, estancia, del Otro que soy y no soy, que no sé ser, pero que siento pasar, que me hace vivir —que me destroza, me inquieta, me altera, ¿quién?—, ¿una, uno, unas?, varios, del desconocido que me despierta precisamente las ganas de conocer a partir de las que toda vida se eleva. Tal poblamiento no permite descanso ni seguridad, enrarece siempre la relación con lo «real», produce efectos de incertidumbre que obstaculizan la socialización del sujeto. Es angustiante, consume; y, para los hombres, esta permeabilidad, esta no-exclusión, es la amenaza, lo intolerable.

Cuando, en otro tiempo, se llevó a un grado bastante espectacular, se llamó a eso «posesión». Estar poseído no es deseable para un imaginario masculino, que lo sentiría como pasividad, como actitud femenina peligrosa. Ciertamente una determinada receptividad es «femenina». Por supuesto, se puede sacar partido, como la Historia ha hecho siempre, de la recepción femenina como alienación. Por su abertura, una mujer es susceptible de ser «poseída», es decir, desposeída de sí misma.

Pero estoy hablando de la feminidad como conservante en vida del Otro que se confía a ella, que la visita, al que ella puede amar en calidad de Otro. Amarle por ser Otro, un Otro, sin que eso suponga necesariamente la sumisión del mismo, de ella misma.

En cuanto a la pasividad, en su extremo, está ligada a la muerte. Pero existe un no-cierre que no es una sumisión, que es una confianza, y una comprensión; que no es motivo de una destrucción sino de una maravillosa extensión.

Por la misma abertura, que es su riesgo, sale de sí misma para ir hacia el Otro; viajera de lo inexplorado, no niega, acerca, no para anular la distancia, sino para verlo, para experimentar lo que ella no es, lo que es, lo que puede ser.

Pero escribir es trabajar; ser trabajado; (en) el entre cuestionar (y dejarse cuestionar) el proceso del mismo y *del* Otro sin el que nada está vivo, deshacer el trabajo de la muerte, deseando el conjunto de uno-con-el-Otro, dinamizado al infinito por un incansable intercambio entre un sujeto y Otro; sólo se conocen y se reinician a partir de lo más lejano, de sí mismo, del Otro, del Otro en mí. Recorrido multiplicador de miles de transformaciones.

Y no se produce sin riesgo, sin dolor, sin pérdida, de momentos de sí, de conciencia, de personas que se ha sido, que se superan, que se abandonan. Y no se produce sin un gasto, de sentido, de tiempo, de orientación.

Pero, ¿es esto específicamente femenino? La lógica paradójica de la economía sin reservas ha sido escrita, descrita, teorizada por los hombres. Que así sea no es contradictorio: eso nos lleva de nuevo a cuestionar su feminidad. Raros son los hombres que pueden aventurarse al extremo en que la escritura liberada de la ley, despojada de la medida, excede a la instancia fálica, donde la subjetividad que inscribe sus efectos se feminiza. ..

¿Dónde tiene lugar la diferencia en la escritura? Si existe diferencia, radica en los modos del gasto, de la valoración de lo propio, en la manera de pensar lo nomismo. En general, en la manera de pensar toda «relación», si entendemos este término en el sentido de «renta», de capitalización.

Aún hoy, la relación de lo masculino con lo propio es más estrecha y más rigurosa que la de la feminidad. Todo se desarrolla como si el hombre estuviera más

directamente amenazado que la mujer en su ser por lo no-propio. Normalmente, es de hecho ese producto de la cultura descrito por el psicoanálisis: alguien que aún tiene algo que perder. Y en el movimiento del deseo, del intercambio, es parte *receptora*: la pérdida, el gasto, está presente en la operación comercial que siempre convierte al don en un don-que-recibe. El don es rentable. Al final de su línea curva, la pérdida se transforma en su contrario y lo recupera en forma de ganancia.

Pero, ¿escapa la mujer a esa ley del retorno? ¿Podemos hablar de otro gasto? Realmente, no hay don «gratuito». Nunca se da a cambio de nada. Pero toda la diferencia radica en el porqué y en el cómo del don, en los valores que el gesto de dar afirma, hace circular, en el tipo de beneficio que obtiene el donante del don, y el uso que hace de él. ¿Por qué, cómo esa diferencia?

¿Qué se da cuando se da?

¿Qué quiere el hombre tradicional que esto le dé? ¿Y ella? Primero, lo que él quiere, ya sea a nivel de intercambios culturales o personales, ya se trate de capital o de afectividad (o de amor, de goce), es que le produzca un suplemento de masculinidad: plusvalía de virilidad, de autoridad, de poder, dinero o placer que, al mismo tiempo, refuercen su narcisismo falocéntrico. Además, la sociedad está hecha para esto, por esto; y los hombres apenas pueden librarse. Destino poco envidiable que ellos mismos se han creado. Un hombre siempre es puesto a prueba, es preciso que se «muestre», que demuestre su superioridad a los demás. La ganancia masculina casi siempre se confunde con un éxito socialmente definido.

¿Cómo da ella? ¿En qué relación con la conservación o la dilapidación, la reserva, la vida, la muerte? Ella también da para. Al darse, se da: placer, felicidad, valor añadido, imagen sublimada de sí misma. Pero no intenta «hacerlo constar en sus gastos». Puede no recuperarlo, no jactándose nunca, derramándose, yendo por todas partes hacia el otro. No rehúye al extremo; no es el ser-del-fin (de la finalidad), sino del alcance.

Si existe algo «propio» de la mujer es, paradójicamente, su capacidad para des apropiarse sin egoísmo: cuerpo sin fin, sin «extremidad», sin «partes» principales, si ella es una totalidad es una totalidad compuesta de partes que son totalidades, no simples objetos parciales, sino conjunto móvil y cambiante, ilimitado cosmos que eros recorre sin descanso, inmenso espacio astral. Ella no gira alrededor de un sol más astro que los astros.

Eso no quiere decir que sea un magma indiferenciado, sino que no monarquiza su cuerpo o su deseo. Que la sexualidad masculina gravita alrededor del pene, engendrando ese cuerpo (anatomía política) centralizado, bajo la dictadura de las partes. La mujer no realiza en sí misma esta regionalización en provecho de la pareja cabeza-sexo que sólo se inscribe en el interior de las fronteras. Su libido es cósmica, del mismo modo que su inconsciente es mundial: su escritura no puede sino proseguir, sin jamás inscribir ni discernir límites, atreviéndose a esas vertiginosas travesías de otros, efímeras y apasionadas estancias en él, ellos, ellas, que ella habita el tiempo suficiente para mirarlos lo más cerca posible del inconsciente desde que se levantan, y amarles lo más cerca posible de la pulsión, y acto seguido, más lejos, completamente impregnada de esos breves e identificatorios abrazos, ella va y pasa al infinito. Ella sola se atreve y quiere conocer desde dentro, donde ella, la excluida, no ha dejado de oír el eco del pre-lenguaje. Deja hablar la otra lengua de las mil lenguas, que no conoce ni el muro ni la muerte. No le niega nada a la vida. Su lengua no contiene, transporta; no retiene, hace posible.

Su enunciación es ambigua —la maravilla de ser varias—, no se defiende de sus desconocidas de las que se sorprende percibiéndose ser, gozando de su don de alterabilidad. Soy carne espaciosa que canta: en la que se injerta nadie sabe qué yo (femenino, masculino) más o menos humano pero, ante todo, vivo por su transformación.

La veo «comenzar». Eso se escribe, esos comienzos que no dejan de seducirla, eso puede y debe escribirse. Ni con pelos y señales ni con señales y pelos, no en esa colisión del papel y del signo que se graba en él, no en esta oposición de colores que desprenden el uno sobre y contra el otro. Es así:

Hay un suelo, es su suelo —infancia, carne, sangre brillante— o fondo. Un fondo blanco, inolvidable, olvidado, y ese suelo, cubierto por una cantidad infinita de estratos, de capas, de hojas de papel, es su sol. Y nada puede apagarlo. La luz femenina no procede de arriba, no cae, no sorprende, no atraviesa. Irradia, es una ascensión, lenta, suave, difícil, absolutamente imparables, dolorosa, y que avanza, que impregna las tierras, que filtra, que brota, que finalmente desgarrar, humedece, separa las espesuras, los volúmenes. Desde el fondo, luchando contra la opacidad. Esta luz no detiene, abre. Y veo que, bajo esta luz, ella mira muy de cerca, y percibe los nervios de la materia. De los que no tiene ninguna necesidad.

Su despertar: no es una erección. Sino difusión. No es el trazo. Es la nave. ¡Que escriba! Y su texto, buscándose, se conoce más que carne y sangre, pasta amasándose, levantándose, insurreccional, con ingredientes sonoros, perfumados, combinación agitada de colores flotantes, follajes y ríos lanzándose al mar que alimentamos.

¡Ah, aquí tenemos sus ma(d)res!, me dirá él, el Otro que me tiende su vasija llena de agua de ma(d)recita fálica de la que no consigue separarse.

Pero nuestras ma(d)res son como las hacemos, abundantes en peces o no, opacas o turbias, rojas o negras, picadas o llanas, estrechas o sin orillas, y nosotros mismos somos mar, arenas, corales, algas, playas, mareas, nadadoras, niños, olas...

Más o menos aladamente mar —tierra, desnuda— ¿qué materia nos repelería? Todas sabemos palparlas. Hablarles.

Heterogénea, sí, para su gran suerte, es erógena, es la erogeneidad de lo heterogéneo; no se aferra a sí misma, la nadadora aérea, la que vuela-roba.^a Dispersable, pródiga, asombrosa, deseosa y capaz de otra, de la otra mujer que será, de la otra mujer que no es, de él, de ti.

Mujer, no tengas miedo de lo demás, ni de lo mismo, ni de lo Otro. Mis ojos, mi lengua, mis oídos, mi nariz, mi piel, mi boca, mi cuerpo para (el, la) Otro(a), no es que lo desee para taparme un agujero, ni para paliar algún defecto mío, ni porque viva predestinadamente acosada por los «femeninos» celos, ni porque sea arrastrada hacia la cadena de sustituciones que reduce los sustitutos al último objeto. Se acabaron los cuentos de pulgarcito, del *Penisneid* susurrados por las viejas abuelas ogresas al servicio de sus hijos-paternos. Para tomarse en serio a sí mismos, que crean que necesitan creer que reventamos de envidia, que somos este agujero cercado de envidia de su pene, es su inmemorial problema. Indudablemente (nosotras lo averiguamos a nuestra costa, pero también para nuestro divertimento) se trata de

^a «Voler», en francés, significa volar y robar. La autora se vale del significado polisémico del término. También de la utilización del sustantivo «vol» = vuelo/robo, y del adjetivo «voleuse» = voladora/ladrona. [N. del T.]

hacernos saber que tienen erección a fin de que les aseguremos (nosotras, amantes maternas de su pequeño significante de bolsillo) que pueden, que todavía pueden, que siguen teniéndolo, que los hombres sólo se estructuran *empenándose*. Lo que la mujer desea en el hijo no es el pene, no es ese famoso trocito alrededor del que gravita el hombre entero. Excepto en los *límites* históricos de lo antiguo, la gestación no está vinculada a fatalidades, a esas mecánicas sustituciones establecidas por el inconsciente de una eterna «celosa»; ni al *Penisneid*; ni al narcisismo, ni a una homosexualidad ligada a la madre-siempre-presente.

También hay que reconsiderar *la relación con «el hijo»*. Una corriente del pensamiento feminista actual tiende a denunciar en la maternidad una trampa consistente en convertir a la mujer-madre en un agente más o menos cómplice de la reproducción: reproducción capitalista, familiarista, falocentrista. Denuncia, prudencia, que no sería necesario convertir en prohibición, en nueva forma de represión.

¿Vas tú también a temer, contando con la ofuscación y la pasividad de todos, que el hijo haga un padre, y que la mujer haga de su hijo más de una mala pasada, engendrando a la vez al hijo - a la madre - al padre - a la familia? No, a ti te toca romper los viejos circuitos. A la mujer y al hombre les tocará: periclitarse la antigua relación, y todas sus consecuencias; pensar el *lanzamiento* de un nuevo sujeto, vivo, con des-familiarización. Para aliviar la recuperación de la procreación, antes des-mater-paternalizar que privar a la mujer de una apasionante época del cuerpo. Desfetichemos. Salgamos de la dialéctica que se empeña en que el hijo sea la muerte de los padres. El hijo es el Otro, pero el Otro sin violencia. El otro ritmo, la frescura, el cuerpo de los posibles. Toda fragilidad. Pero la inmensidad misma. Dejemos de repetir la letanía de la castración que se transmite y genealogiza. No avanzaremos retrocediendo, no rechazaremos algo tan simple como las ganas de vivir: Pulsión oral, pulsión anal, pulsión bucal, todas las pulsiones son nuestras fuerzas positivas, y, entre ellas, la pulsión de gestación, al igual que las ganas de escribir, ganas de vivirse dentro, unas ganas de vientre, de lengua, de sangre. No rechazaremos las delicias de un embarazo, por cierto, siempre dramatizado o escamoteado, o maldito, en los textos clásicos. Pues si existe un rechazo particular, ahí está: tabú de la mujer encinta, muy significativo respecto al poder del que parece entonces investida; ya que, desde siempre, se supone que, estando encinta, la mujer no sólo dobla su valor mercantil, sino, sobre todo, se valoriza como mujer ante sí misma, y cobra cuerpo y sexo indudables. Hay mil maneras de vivir un embarazo; de tener, o no, una relación de otra intensidad con ese Otro aún invisible.

De estar realmente transformándose. Varios, Otro, e imprevisible. La posibilidad, positiva, de una alteración no puede no inscribirse en el cuerpo. No se trata sólo de este recurso suplementario del cuerpo femenino, de ese poder específico de la producción de lo vivo cuya carne es el lugar, no sólo de una transformación de los ritmos, de los intercambios, de la relación con el espacio, de todo el sistema de percepción; sino también de la experiencia insustituible de esos momentos de tensión, de esas crisis del cuerpo, de ese trabajo que se realiza apaciblemente durante un tiempo para estallar en esa época de excesos que es el parto. En el que se vive como más grande o más fuerte que ella misma. Sino también de la experiencia del «vínculo» con el Otro, todo lo que pasa por la metáfora del alumbramiento. ¿Cómo no tendría una relación específica con la escritura la mujer que vive la experiencia del no-yo en yo? ¿Con la escritura como separándose del origen?

Hay un vínculo entre la economía libidinal de la mujer —su goce, el imaginario femenino— y su modo de constituirse (en) una subjetividad que se divide sin pesar —y sin que el sin-pesar sea el equivalente del morir, de la extenuación que Valéry describió en el título de la *Joven Parca*—, se responden con singularidades sin que una instancia denominada Yo llame a las armas sin cesar.

Impetuosa, desenfrenada, pertenece a la raza de lo indefinido. Se levanta, se acerca, se yergue, alcanza, cubre, lava una ribera, sale para unirse a los repliegues más insignificantes del acantilado, ya es otra, volviendo a levantarse, lanzando alto la inmensidad a franjas de su cuerpo, se sucede, y recubre, descubre, pule, da brillo al cuerpo de piedra con suaves reflujos que no desertan, que regresan al no-origen sin límites, como si ella se acordara para regresar como nunca antes...

Nunca se ha mantenido «en su sitio»; explosión, difusión, efervescencia, abundancia, goza ilimitándose, fuera de mí, fuera de lo mismo, lejos de un «centro», de una capital de su «continente negro», muy lejos de ese «hogar» al que el hombre¹⁰ la lleva con intención de que le mantenga el fuego, el suyo, siempre amenazado de extinción. Ella es su guardián, pero es necesario que él la vigile, pues ella también puede ser su tempestad: «¿tendré mi tempestad que me mate? ¿O me extinguiré como un candil que no espera el soplo del viento sino que muere cansada y harta de sí misma...? O: ¿me extinguiré yo misma para no arder hasta el final?»;¹¹ así se cuestiona la energía masculina, cuya reserva de aceite es limitada. Ahora bien, el hecho de que la energía femenina tenga inmensos recursos también tiene sus consecuencias, aunque muy escasamente analizadas, en el intercambio en general, en la vida amorosa, y en el valor dado al deseo de la mujer. Excedente: ella «exagera», teme él. Y la ironía de su valor hace que ella sea o bien ese «nada» que escanda el caso Dora («Ya sabéis que mi mujer no es nada para mí»), o ese demasiado, demasiado convertido en no-suficiente, el «no como debería ser» que le recuerda que su maestro era partidario de los límites.

Ella no está en su sitio, desborda. Derramamiento que puede ser angustiante, puesto que, desatada, puede temer —y hacer temer al Otro—, un extravío sin fin, una locura. Pero que puede, en el vértigo, ser —si no se fetichiza lo personal, la permanencia de la identidad— un «dónde estoy», un «quién goza ahí» embriagador, preguntas que enloquecen a la razón, al principio de unidad, y que no se plantean, que no piden una respuesta, que abren el espacio por el que vaga la mujer, vaga-boga, roba.

Este poder de vagar, es la fuerza, es también lo que la hace vulnerable ante los campeones de lo propio, del reconocimiento, de la atribución. En relación con el orden masculino, por sumisa y dócil que ella sea, sigue existiendo la posibilidad amenazante del salvajismo, la parte desconocida de todo lo doméstico.

«Misteriosa»¹² —la incalculable con la que deben contar—, misteriosa, sí, pero se la acusa, incluso si se obtiene placer, de tener siempre ganas de descubrirla. Y misteriosa para ella misma, es por lo que se ha inquietado durante mucho tiempo, se ha culpabilizado de «no comprenderse» ni conocerse, porque a su alrededor se

10. El administrador del hogar, como dice el «husband» inglés, el «sirviente de la casa», denominado «marido».

11. Nietzsche, *Gai Saber*, aforismo 315, 10/18.

12. Es una suerte si es de la mujer, un femenino desmembramiento que atormenta al YO / que sólo es / nace sucediéndose vislumbrado por Valéry y finitamente dislocado, nunca realmente recompuesto en la *Joven Parca*.

valorizaba el «conocimiento», como-ordenada, como dominio, un «control» (¡de conocimientos!) establecido sobre la represión, y sobre la «presa» la detención, la asignación, la localización.

Escritura feminidad transformación

Existe un vínculo entre la economía de la feminidad, la subjetividad abierta, pródiga, esa relación con el Otro en la que el don no calcula su objetivo y la posibilidad del amor; y entre esta «libido del Otro» y la escritura, hoy en día.

Imposible, actualmente, *definir* una práctica femenina de la escritura, se trata de una imposibilidad que perdurará, pues esa práctica nunca se podrá *teorizar*, encerrar, codificar, lo que no significa que no exista. Pero siempre excederá al discurso regido por el sistema falocéntrico; tiene y tendrá lugar en ámbitos ajenos a los territorios subordinados al dominio filosófico-teórico. Sólo se dejará pensar por los sujetos rompedores de automatismos, los corredores periféricos nunca sometidos a autoridad alguna. Pero podemos comenzar a hablar. A designar algunos efectos, algunos componentes pulsionales, algunas relaciones de lo imaginario femenino con lo real, con la escritura.

Lo que diré al respecto, porque esos trazos me afectan profundamente de entrada, es sólo un principio.

La feminidad en la escritura creo que pasa por: un privilegio de la *voz: escritura* y *voz* se trenzan, se traman y se intercambian, continuidad de la escritura/ritmo de la voz, se *cortan* el aliento, hacen jadear el texto o lo componen mediante suspenso, silencios, lo afonizan o lo destrozan a gritos.

En cierto modo la escritura femenina no deja de hacer repercutir el desgarramiento que, para la mujer, es la conquista de la palabra oral, «conquista» que se realiza más bien como un desgarramiento, un vuelo vertiginoso y un lanzamiento de sí, una inmersión. Escucha a una mujer que habla en una asamblea (si no ha perdido el aliento dolorosamente): no «habla», lanza al aire su cuerpo tembloroso, se suelta, vuela, toda ella se convierte en su voz, sostiene vitalmente la «lógica» de su discurso con su propio cuerpo; su carne dice la verdad. Se expone. En realidad, materializa carnalmente lo que piensa, lo expresa con su cuerpo. En cierto modo, *inscribe* lo que dice, porque no niega a la pulsión su parte indisciplinable, ni a la palabra su parte apasionada. Su discurso, incluso «teórico» o político, nunca es sencillo ni lineal, ni «objetivado» generalizado: la mujer arrastra su historia en la historia.

Toda mujer ha conocido el tormento de la llegada a la palabra oral, el corazón que late hasta estallar, a veces la caída en la pérdida del lenguaje, el suelo que falla bajo los pies, la lengua que se escapa; para la mujer, hablar en público —diría incluso que el mero hecho de abrir la boca— es una temeridad, una transgresión.

Doble desasosiego, pues incluso si transgrede, su palabra casi siempre cae en el sordo oído masculino, que sólo entiende la lengua que habla en masculino.

Hablar, lanzar signos hacia un escenario, hacer uso de la retórica adecuada: culturalmente nosotras no estamos acostumbradas a eso. Pero tampoco a aquello en lo que no encontramos placer: en efecto, sólo mantenemos un discurso a un cierto precio. La lógica de la comunicación exige una economía y signos —significantes— y

subjetividad. Se pide al orador que desenrolle un hilo seco, endeble, raído. Nos gusta la inquietud, el cuestionamiento. Hay desperdicios en lo que decimos. Necesitamos esos desperdicios. Escribir, al romper el valor de intercambio que mantiene la palabra en su raíl, es siempre dar a la superabundancia, a lo inútil su parte salvaje. Por eso es bueno escribir, dejar a la lengua intentar, como se intenta una caricia, tardar el tiempo necesario para una frase, un pensamiento para hacerse amar, para resonar.

Al escribir, desde y hacia la mujer, y aceptando el desafío del discurso regido por el falo, la mujer sentará a la mujer en un lugar distinto de aquel reservado para ella en y por lo simbólico, es decir, el silencio. Que salga de la trampa del silencio. Que no se deje endosar el margen o el harén como dominio.

En la palabra femenina, al igual que en la escritura, nunca deja de asomar lo que sigue conservando el poder de afectarnos por antaño habernos impactado y conmovido imperceptible, profundamente: el *canto*, la primera música, aquélla de la primera voz amorosa, que toda mujer mantiene viva.

La voz, canto anterior a la ley, antes de que el aliento fuera cortado por lo simbólico, reapropiado en el lenguaje bajo la autoridad que separa. La más profunda, la más antigua y adorable visitación. En toda mujer canta el primer amor sin nombre.

En la mujer siempre existe, en cierto modo, algo de «la madre» que repara y alimenta, y resiste a la separación, una fuerza que no se deja cortar, pero que ahoga los códigos. Al igual que la relación con la infancia (la niña que ha sido, que es, que hace, rehace, deshace, en el lugar donde incluso se otea), la relación con la «madre» considerada *como* delicias y violencias tampoco se corta. Texto, mi cuerpo: cruce de corrientes cantarinas, escúchame, no es una «madre» pegajosa, afectuosa; es la equivoz que, al tocarte, te conmueve, te empuja a recorrer el camino que va desde tu corazón al lenguaje, te revela *tu* fuerza; es el ritmo que ríe en ti; el íntimo destinatario que hace posibles y deseables todas las metáforas; cuerpos (¿cuerpo?, ¿cuerpos?) tan difíciles de describir como dios, el alma o el Otro; la parte de ti que dentro de ti te espacia y te empuja a inscribir tu estilo de mujer en la lengua. Voz: la leche inagotable. Ha sido recobrada. La madre perdida. La eternidad: es la voz mezclada con la leche.

Origen no: ella ahí no regresa. Trayecto del niño: retorno al país natal, *Heimweh*, del que habla Freud, nostalgia que hace del hombre un ser que tiende a regresar al punto de partida, a fin de apropiárselo y morir en él. Trayecto de la niña: más lejos, a lo desconocido, por inventar.

¿Por qué esa relación privilegiada con la voz? Porque ninguna mujer acumula tantas defensas anti-impulsivas como un hombre. No apuntalas, no construyes como él, no te alejas del placer tan «prudentemente». A pesar de que la mistificación fálica haya contaminado generalmente las buenas relaciones, la mujer nunca está lejos de la «madre» (entendida al margen de su función, la «madre» como no-nombre, y como fuente de bienes). En la mujer siempre subsiste al menos un poco de buena leche-de-madre. Escribe con tinta blanca.

¡Voz! Es también lanzarse, ese desparramamiento del que nada vuelve. Exclamación, grito, ahogo, aullido, tos, vómito, música. Ella se va. Pierde. Así escribe, como se lanza la voz, hacia adelante, en el vacío. Se aleja, avanza, no vuelve sobre sus pasos para examinarlos. No se mira. Carrera peligrosa. Al contrario del narcisismo masculino, preocupado por afirmar su imagen, por ser mirado, por verse, por juntar sus fragmentos, por embolsárselos. Mirada que repone, mirada siempre dividida, inverti-

da, economía del espejo, es preciso que se ame. Pero ella: se lanza, busca amar. Así lo entendió Valéry, marcando a su Joven Parca con la ambigüedad al buscarse a sí misma, masculina en sus celos de sí misma: «viéndose verse», divisa de toda la especulación/especularización falocéntrica, de todo *Testa*; femenina en el loco descenso más bajo donde en el constante retorno del mar se pierde una voz que no se conoce.

Voz-grito. Agonía, «palabra» explotada, destrozada por el dolor y la cólera, pulverizando el discurso: así la han oído siempre desde la época en que la sociedad masculina empezó a marginarla de la parte central del escenario, a expulsarla, a despojarla. Desde Medea, desde Electra.

Voz: desprendimiento y estrépito. ¡Fuego! Ella dispara, se dispara. Rompe. Desde sus cuerpos en los que han sido enterradas, confinadas, y al mismo tiempo se les ha prohibido gozar. Las mujeres tienen casi todo por escribir acerca de la feminidad: de su sexualidad, es decir, de la infinita y móvil complejidad de su erotización, las igniciones fulgurantes de esa ínfima-inmensa región de sus cuerpos, no del destino sino de la aventura de esa pulsión, viajes, travesías, recorridos, bruscos y lentos despertares, descubrimientos de una zona antaño tímida y hace poco emergente. Cuando la mujer deje que su cuerpo, de mil y un hogares de ardor —cuando hayan fracasado los yugos y las censuras—, articule la abundancia de significados que lo recorren en todos los sentidos, en ese cuerpo repercutirá, en más de una lengua, la vieja lengua materna de un solo surco.

Nos hemos apartado de nuestros cuerpos, que vergonzosamente nos han enseñado a ignorar, a azotarlo con el monstruo llamado pudor; nos han hecho el timo de la estampita: cada cual amará al otro sexo. Yo te daré tu cuerpo y tú me darás el mío. Pero, ¿qué hombres dan a las mujeres el cuerpo que ellas les entregan ciegamente? ¿Por qué hay tan pocos textos? Porque aún muy pocas mujeres recuperan su cuerpo. Es necesario que la mujer escriba su cuerpo, que invente la lengua inexpugnable que reviente muros de separación, clases y retóricas, reglas y códigos, es necesario que sumerja, perfore y franquee el discurso de última instancia, incluso el que se ríe por tener que decir la palabra «silencio», el que apuntando a lo imposible se detiene justo ante la palabra «imposible» y la escribe como «fin».

En cuerpos: las mujeres son cuerpos, y lo son más que el hombre, incitado al éxito social, a la sublimación. Más cuerpo, por tanto, más escritura. Durante mucho tiempo, la mujer respondió con el cuerpo a las vejaciones, a la empresa familiar-conyugal de domesticación, a los reiterados intentos de castrarla. La que se mordió diez mil veces siete veces la lengua antes que hablar, o murió a causa de ello, o conoce su lengua y su boca mejor que nadie. Ahora, yo-mujer haré estallar la ley: de aquí en adelante, se trata de un estallido posible, e ineluctable; y que debe producirse de inmediato, en la lengua.

Cuando «el reprimido» de su cultura y de su sociedad regresa, el suyo es un retorno explosivo, *absolutamente* arrasador, sorprendente, con una fuerza aún jamás liberada, a la medida de la más formidable de las represiones: puesto que al final de la época del Falo, las mujeres habrán sido aniquiladas o arrastradas a la más alta y violenta incandescencia. Durante el amortiguamiento de su historia, las mujeres han vivido soñando, en cuerpos callados, en silencios, en revueltas afónicas.

Y con qué fuerza dentro de su fragilidad: «fragilidad», vulnerabilidad a la medida de su incomparable intensidad. No han sublimado. Afortunadamente: han salva-

do su piel, su energía. No han colaborado en la organización del estancamiento de las vidas sin futuro. Han habitado, con furia, esos suntuosos cuerpos: admirables históricas que hicieron sufrir a Freud voluptuosos e inconfesables momentos, bombardeando su estatua mosaica con las carnales y apasionadas palabras-del-cuerpo, atormentándole con inaudibles y fulminantes denuncias, deslumbrantes, más que desnudas bajo los siete velos de los pudores. Aquellas que en una sola palabra del cuerpo inscribieron el inmenso vértigo de una historia arrancada como una saeta de toda la historia de los hombres, de la sociedad bíblico-capitalista, son ellas, son las mártires ajusticiadas de ayer que se adelantan a las nuevas mujeres, y después de quienes ninguna relación intersubjetiva podrá ser como antes. Eres tú, Dora, indomable, tú, el cuerpo poético, la verdadera «dueña» del significante. Tu eficacia: la veremos en acción muy pronto, cuando tu palabra deje de estar sofocada, con su punta vuelta contra tu pecho; mas se escribirá oponiéndose a la otra y a su gramática. No hay que cederles un espacio que ya no les pertenece sólo a ellos en la medida en que tampoco nosotras les pertenecemos.

Si la mujer siempre ha funcionado «en» el discurso del hombre, significante siempre referido al significante contrario que anula la energía específica, minimiza o ahoga los sonidos tan diferentes, ha llegado ya el momento de que disloque ese «en», de que lo haga estallar, le dé la vuelta y se apodere de él, que lo haga suyo, aprehendiéndolo, metiéndoselo en la boca, en la propia boca, y que, con sus propios dientes le muerda la lengua, que se invente una lengua para adentrarse en él. Y con qué soltura, ya verás, puede, desde ese «en» donde se agazapaba somnolienta, asomar a los labios que sus espumas invadirán.

Tampoco se trata de apoderarse de sus instrumentos, de sus conceptos, de sus lugares, ni de ocupar su posición de dominio. El hecho de que sepamos que existe un riesgo de identificación no significa que sucumbamos. Dejemos a los inquietos, a la angustia masculina y a su relación obsesiva con el funcionamiento del mando, el saber «cómo funciona eso» a fin de «hacerlo funcionar». No tomar posesión para interiorizar, o para manipular, sino para pasar rápido, y romper las barreras.

El poder femenino es tal que al apoderarse de la sintaxis, rompiendo ese famoso hilo (tan sólo un pequeño hilito, dicen ellos) que sirve a los hombres como sustituto del cordón —sin el cual no gozan— para sentirse seguros de que la anciana madre sigue detrás de ellos, contemplándoles jugar al falo, la mujer irá hacia lo imposible, donde crea al Otro, por amor, sin morir por ello.

Des-propiación, des-personalización, porque excesiva, desmesurada, contradictoria, ella destruye las leyes, el orden «natural», levanta la barra que separa al presente del futuro, rompiendo la ley rígida de la individuación. Privilegio decía Nietzsche (*El nacimiento de la tragedia*) de las fuerzas adivinatorias y mágicas. Qué es del sujeto, del pronombre personal, de sus posesivos cuando, al atreverse alegremente a sus metamorfosis (porque desde su adentro, que durante mucho tiempo fue su mundo, mantiene una relación de deseo penetrante con todo ser), ella de repente hace circular otra manera de conocer, de producir, de comunicar, en la que cada uno es siempre más de uno, en la que su poder de identificación desconcierta. Y con el mismo movimiento diseminador, que atraviesa y mediante el cual ella se convierte en otra, en Otro, rompe con la explicación, la interpretación y todos los puntos de referencia. Ella olvida. Procede a base de olvidos, de saltos.

Ella vuela

Volar^b es el gesto propio de la mujer; volar en la lengua, hacerla volar. Hemos aprendido las mil maneras de poner en práctica el arte de volar y sus variadas técnicas, hace siglos que sólo tenemos acceso a él mediante el vuelo, que hemos estado viviendo en un vuelo, de volar, encontrando, cuando lo deseamos, pasadizos angostos, secretos, entrecruzados. No es obra del azar el hecho de que «volar» ocurra entre dos vuelos, disfrutando de uno y de otro y desconcertando a los guardianes del sentido. No es obra del azar: la mujer tiene algo de pájaro y de ladrón, al igual que el ladrón tiene algo de mujer y de pájaro: ellos («illes»)^c pasan, huyen, disfrutan desbaratando el orden del espacio, desorientándolo, cambiando de lugar los muebles, las cosas, los valores, rompiendo, vaciando estructuras, poniendo patas arriba lo considerado como pertinente.

¿Qué mujer no ha volado/robado?, ¿qué mujer no ha sentido, soñado, realizado el gesto que frena lo social?, ¿no ha burlado y ha convertido en motivo de burla la línea de separación, no ha inscrito con el propio cuerpo lo diferencial, no ha perforado el sistema de parejas y oposiciones, no ha derrumbado con un acto de transgresión lo sucesivo, lo encadenado, el muro de la circunfusión?

Un texto femenino no puede no ser más que subversivo: si se escribe, es trastornando, volcánica, la antigua costra inmobiliaria. En incesante desplazamiento. Es necesario que la mujer se escriba porque es la invención de una escritura *nueva, insurrecta* lo que, cuando llegue el momento de su liberación, le permitirá llevar a cabo las rupturas y las transformaciones indispensables en su historia, al principio en dos niveles inseparables: individualmente, al escribirse, la mujer regresará a ese cuerpo que, como mínimo, le confiscaron; ese cuerpo que convirtieron en el inquietante extraño del lugar, el enfermo o el muerto, y que, con tanta frecuencia, es el mal amigo, causa y lugar de las inhibiciones. Censurar el cuerpo es censurar, de paso, el aliento, la palabra.

Escribir, acto que no sólo «realizará» la relación des-censurada de la mujer con su sexualidad, con su ser-mujer, devolviéndole el acceso a sus propias fuerzas, sino que le restituirá sus bienes, sus placeres, sus órganos, sus inmensos territorios corporales cerrados y precintados; que la liberará de la estructura supramosaica en la que siempre le reservaban el eterno papel de culpable (culpable de todo, hiciera lo que hiciera: culpable de tener deseos, de no tenerlos, de ser frígida, de ser «demasiado» caliente; de no ser las dos cosas a la vez; de ser demasiado madre y no lo suficiente; de tener hijos y de no tenerlos; de amamantarlos y de no amamantarlos...). Escríbete: es necesario que tu cuerpo se deje oír. Caudales de energía brotarán del inconsciente. Por fin, se pondrá de manifiesto el inagotable imaginario femenino. Sin dólares ni oro negro, nuestra nafta expandirá por el mundo valores no cotizados que cambiarán las reglas del juego tradicional.

En el imperio de lo propio, el ser del desplazamiento, ¿cómo encontrará ella dónde perderse, dónde inscribir su no-tener-lugar, su permanente disponibilidad?

¿En otra parte? Habrá otra parte donde el Otro ya no será condenado a muerte. Pero, ¿ha existido, existe otra parte? Si ya no está «aquí», ya está allá, en este otro

^b «Voler», en francés, significa volar y robar. La autora se vale del significado polisémico del término. También de la utilización del sustantivo «vol» = vuelo/robo, y del adjetivo «voleuse» = voladora/ladrona. [N. del T.]

^c «illes»: neologismo en el que la autora fusiona el pronombre masculino plural («ils») refiriéndose a pájaro y a ladrón, y el femenino plural («elles») para hacer alusión a las mujeres. [N. del T.]

lugar que altera el orden social, donde el deseo origina la existencia de la ficción. No importa qué ficción, pues por supuesto, existe la ficción clásica, fraguada en las oposiciones del sistema, y la historia literaria ha sido homogénea a la tradición falocéntrica, hasta el extremo de ser el falocentrismo que se contempla a sí mismo, y que se regocija repitiéndose.

Pero soy partidaria de lo que sólo existe en otra parte, y busco, en la creencia de que la escritura tiene recursos indomables. De que la escritura es lo que está en relación con la no-relación; de que lo que la historia prohíbe, lo que lo real excluye o no admite, puede manifestarse: del Otro, y del deseo de conservarlo vivo; por lo tanto, de lo femenino vivo; de la diferencia; y del amor; por ejemplo, un deseo que vaya, como el que una mujer puede desencadenar, hasta el final, que no se deje someter por nada. Que imponga su necesidad como valor sin dejarse intimidar por el chantaje cultural, la sacralización de las estructuras sociales; que no ordene la vida con la amenaza de la muerte; porque una vida que se doblega, esto ya no puede llamarse una vida.

Así pues, «lugar» de la intransigencia y de la pasión. Un lugar de lucidez donde nadie confunda un simulacro de existencia con la vida. El deseo es nítido ahí, como un rayo de fuego, cruza la noche de algo. ¡Un relámpago!, es por ahí: la vida está aquí, exactamente, y no me equivoco. Después, la muerte.

Y a veces encuentro dónde meter el ser de varias vidas que soy. En otras partes abiertas por hombres capaces de Otros, capaces de convertirse en mujer. Pues han existido, de lo contrario yo no escribiría, fracasados, en la enorme máquina que gira y repite su «verdad» desde hace siglos. Hubo poetas para revelar a toda costa algo reñido con la tradición, hombres capaces de amar al amor; de amar, por consiguiente, a los demás y de quererles; capaces de imaginar a la mujer que se resistiera a la opresión y se constituyera en sujeto magnífico, semejante, por tanto «imposible», insostenible en el marco social real: el poeta pudo desear a esa mujer sólo infringiendo los códigos que la niegan. Su aparición comportaba necesariamente, si no una revolución, sí al menos desgarradoras explosiones. A veces, en la grieta causada por un terremoto, debido a esta mutación radical de las cosas por obra de un trastorno material, cuando todas las escrituras resultan momentáneamente desequilibradas y una efímera salvajez arrasa con el orden establecido, es cuando el poeta da paso, durante un instante, a la mujer: eso hizo Kleist, hasta el punto de consumirse en su anhelo por la existencia de las hermanas-amantes hijas-maternales madres-hermanas que nunca agacharon la cabeza. Después de lo cual, una vez restablecidos los tribunales de justicia, hay que saldar cuentas: muerte inmediata y sangrienta para esos elementos incontrolables.

(Sólo los poetas, no los novelistas solidarios de la representación. Los poetas: porque la poesía consiste únicamente en sacar fuerzas del inconsciente, y el inconsciente, la otra región sin límites, es el lugar donde sobreviven los reprimidos: las mujeres, o como diría Hoffmann, las hadas.)

Existió Kleist: entonces todo es pasión. Pasiones que transportan más allá de lo individual, a todos los niveles. Ya no más barreras: el admirable Michael Kolhaas declaró la guerra al universo moral, social, al bastión político y religioso, al Estado, a causa de una barrera aduanera. Pues una barrera aduanera basta para impedir toda vida que se piense más allá de lo humano subyugado. Con Kleist se supera

todo, y eso no se llama transgresión. Pues, de golpe, la pasión transporta al mundo donde esta noción no existe.

Existió el ser-de-los-mil-seres al que llamamos Shakespeare. He vivido todos los personajes de sus mundos: porque siempre están, ya sea en la vida o en la muerte, porque la vida y la muerte no están separadas por ningún simulacro, porque hay adhesión fulgurante de todo a nada, de la afirmación al no, porque lo que va del uno al otro sólo es un beso, una frase de felicidad, de infelicidad, porque en todo lugar hay abismo y cima, nada llano, nada blando, nada templado. El hombre se convierte allí en mujer, la mujer en hombre, mundo sin esclavos: hay traidores a los poderes de la muerte. Más que humanos, todos los vivos son grandes.

Y dado que no puede haber compromiso, en sus territorios sin límites, y que nadie se aventura por ellos a no ser en caso extremo, son otras partes las que conforman con furia el proceso de lo político: universo del devenir en el que el poder y sus engaños nunca se pueden inscribir con tranquilidad. A través de las vidas que allí abundan, se libra una incesante y trágica lucha contra las ideas falsas, los códigos, los «valores», la tontería innoble y asesina del dominio.

Kleist, Shakespeare. Hay otros. Pero no conozco generosidad semejante a la de ellos. En sus mundos, he amado. Y me he sentido amada. Desde allí emitiré ahora algunas observaciones para el futuro. Gracias a algunos locos de la vida, como yo misma, en la época que no había lugar para mí-toda (había para trocitos de yo) ninguna parte vivía. Cuando yo no escribía. He sido la Penteselea de Kleist, no sin ser Aquiles; he sido Antonio para Cleopatra y Cleopatra para Antonio; también he sido Julieta porque, en Romeo, había superado el culto a los padres. He sido santa Teresa de Ávila, aquella loca que sabía más que todos los hombres. Y que sabía a fuerza de querer convertirse en pájaro.

Además, siempre he sido un pájaro. Un poco buitre, un poco águila: he mirado al sol de frente. Nacida varias veces, muerta varias veces para renacer de mis cenizas, estoy en misteriosa relación con un árbol único de Arabia. Siempre he practicado el vuelo y el robo. En calidad de voladora, me he escapado, me he alejado de tierras y de mares (nunca he reptado, cavado, enterrado, huido, pataleado; pero he nadado mucho). En calidad de ladrona/voladora,^d he vivido en Jean Genêt durante mucho tiempo.

Las históricas son mis hermanas. Siendo Dora, he sido todos los personajes que ella crea, que la matan, que ella cala y hace estremecer, y al final me he escapado, después de haber sido Freud un día, otro día la señora Freud, y también el señor K, la señora K en cada uno, la herida que Dora abre en ellos. En 1900, fui el deseo amordazado, su rabia, sus efectos encrespados. Impedí el tejemaneje de la mezquindad burguesa-conyugal de dar vueltas sin chirriar horriblemente. Lo he visto todo. He reducido cada «persona» a su vil cálculo, cada discurso a su mentira, cada vileza a su inconsciente. No he dicho nada, pero lo he hecho saber todo. Les he robado sus pequeñas inversiones, pero eso no es nada. He cerrado su puerta estrepitosamente. Me he ido. Pero he sido lo que Dora hubiera sido, si la historia de las mujeres hubiera empezado.

^d «Voler», en francés, significa volar y robar. La autora se vale del significado polisémico del término. También de la utilización del sustantivo «vol» = vuelo/robo, y del adjetivo «voleuse» = voladora/ladrona. [N. del T.]

Así pues, la escritura hace el amor otro. Ese amor es ella misma. El amor-otro es el nombre de la escritura.

Al principio del *Amor-otro* están las diferencias. El nuevo amor se atreve con el otro, lo quiere, se arrebata en vuelos vertiginosos entre conocimiento e invención. Ella, la eterna recién llegada, no se queda, va a todas partes, intercambio, es el deseo-que-da. No encerrada en la paradoja del don que toma; ni en la ilusión de la fusión que une. Ella entra, entre-ella y yo y tú, entre el yo donde uno es siempre infinitamente más de uno y más que yo, sin temor de llegar a alcanzar un límite: gozadora de nuestro avance. ¡Nunca llegaremos al final! Ella pasa por los amores defensivos, las maternidades y devoraciones: más allá del narcisismo avaro, en el espacio movedizo, abierto, transicional, corre sus riesgos: más allá de la rendición del amor-guerra que pretende representar el intercambio, ella se ríe de una dinámica de Eros que el odio alimentaría —odio: herencia, aún, un resto, un servilismo engañoso al falo—; amar, mirar-pensar-buscar al Otro en el otro, des-especularizar, des-especular. Ahí donde la historia sigue transcurriendo como historia de la muerte, ella no entra. Que siga existiendo un presente para ella no impide que la mujer inicie la historia de la vida en otra parte. En otra parte, ella da. No mide lo que da; pero no da el cambio ni lo que no tiene. Da más. Da lo que hace vivir, lo que hace pensar, lo que transforma. Semejante «economía» ya no puede formularse en términos propios de la economía. Ahí donde ella ama, todos los conceptos de la antigua gestión están superados. Soy para ti lo que tú quieres que sea en el momento que me miras tal como no me habías visto nunca: en cada instante. Cuando escribo, todos los que no sabemos que podemos ser se escriben desde mí, sin exclusión, sin previsión, y todo lo que seremos nos conduce a la incansable, embriagadora, implacable búsqueda de amor. Nunca sufriremos carencia de nosotras mismas.

[...]